

En sus años de viudez no había logrado volver a tener una relación amorosa estable hasta que conoció a Lucía. El recuerdo y la intensidad que había logrado con su mujer parecían impedirselo. Sin embargo, casi sin proponérselo, Lucía fue ocupando un lugar creciente hasta que no se sintió capaz de seguir su vida sin ella. Todo parecía encaminado hasta esa noche invernal, cuando luego del café la escuchó decir:

-Arturo, sabés lo que siento por vos, pero me cuesta pensar en un cambio tan importante como el que me proponés. Tal vez deberíamos ir más despacio.

Un conocido y desagradable frío le corrió por el cuerpo. Apenas lo pudo disimular cuando le contestó:

-A mi edad no puedo esperar mucho más.

-¿Pero por qué? Si sos una persona estable, amable y serena, ¿cuál es el apuro?

-En realidad tampoco yo lo comprendo. Es que ya no logro controlar bien mis sentimientos.

-Arturo, me gusta mucho estar con vos, sólo te pido seguir así, al menos por un tiempo.

-Está bien, Lucía, si esa es tu voluntad...

A pesar de su esfuerzo, no logró sonreír ni hablar casi hasta que dejó a Lucía en su casa. Otra vez la sensación de ruina y desazón se apoderó de él. "No creo que pueda recuperarme de esto. Evidentemente estoy viejo y ya no puedo disimularlo. ¿Cómo querría una mujer como Lucía estar con alguien como yo? Tonto fui en creerlo posible. Debo aceptar la realidad. Ya no sirvo para nada, la decadencia es lo único que me espera".

Con estas tristes rumiaciones continuó hasta avanzada la noche. Cuando ya era evidente que no podría dormir se decidió a levantarse. Al intentarlo, un fuerte dolor en el pecho se lo impidió. Era como si la opresión de su alma se hubiera apoderado también de su cuerpo. Otra vez el frío lo recorrió. Pero esa vez era distinto, más profundo. Súbitamente pensó que podría morir. "Tal vez sería una liberación, un descanso al fin", se sorprendió de pensar. Era evidente que ya no era el mismo. ¿Dónde estaban sus ganas de vivir? Con poca convicción llamó a la emergencia médica. "¿Cómo les abriré la puerta? ¿Estaré aquí cuando lleguen?", fue lo último que pensó.

Las horas de estudio robadas al sueño se le hacían pesadas cada despertar. Pese a ello, por la noche lo consideraba un deber impostergable. Era el único momento en que lo podía hacer con tranquilidad. Desde muy chico le había dedicado largas horas a la lectura, aunque se debatía entre las demandas de la medicina y sus otros intereses, que eran muchos y los consideraba postergados. Ansiaba el tiempo en que pudiera volver a ellos pero su profesión y la lucha en que estaba implicado no se lo permitían.

Luego de dejar a sus hijos en el colegio, Javier siguió camino rumbo al Viejo Hospital. Pese a que ya no era el mismo, continuaba sintiéndolo como su propia casa. Como había hecho desde su juventud, llegó temprano al pase de guardia, que era el momento que consideraba más oportuno para conocer a los nuevos pacientes y para supervisar la tarea de los residentes. La novedad de ese día era el ingreso de un escritor bastante conocido, Arturo.

Si bien estaba próximo a recibirse de sociólogo, Matías aún no tenía del todo claro su futuro. Sus múltiples intereses humanísticos le hacían dudar. Había recorrido muchos lugares para conocer de cerca el modo en que vivían las personas. Era el hijo menor de una familia numerosa y siempre le había llamado la atención lo diferente que parecían todos los hermanos. No cesaba de preguntarse la razón de ello. Aún dudaba entre dedicarse a la sociología, la filosofía, la psicología e incluso la antropología. Pero estaba seguro que le interesaba el fenómeno humano en sus múltiples facetas y anhelaba colaborar en la construcción de un mundo mejor. Aún persistía en él ese idealismo adolescente que cree que todo es posible. Era muy activo, entre el deporte, sus compromisos sociales, sus numerosos amigos, su incipiente acción política y el estudio, que era quizás a lo que menos tiempo le dedicaba. Confiaba mucho en sus fuerzas y aunque era sencillo ejercía un fuerte liderazgo sobre sus compañeros y amigos.

Extrañaba a su madre, fallecida apenas entraba en la juventud, y admiraba el temple de su padre que sostenía con gran esfuerzo la unidad familiar, pese a los numerosos inconvenientes que afrontaba cada día.

En esa época asistía tres veces por semana al Viejo Hospital, como una manera de entender más de cerca el sufrimiento humano que a su entender era una buena manera de acercarse al conocimiento de su naturaleza.

Ese día, estaba desde muy temprano compartiendo con los residentes el momento previo al pase de guardia cuando llegó, con su paso rápido y firme, el jefe de cardiología, Javier.

La intensidad del dolor en el pecho le produjo una hipotensión arterial tan severa que le provocó el desmayo. Con la ayuda del portero, el equipo de emergencias había logrado ingresar al domicilio donde Arturo vivía. Con las primeras medidas recuperó la conciencia aunque el dolor persistía con intensidad creciente. Sin pérdida de tiempo fue trasladado a la unidad coronaria del Viejo Hospital. Tenía allí la cobertura médica dada por su Prepaga.

Le llamó la atención el deterioro de las paredes del hospital, la falta de pintura, el piso irregular. A pesar de ello fue saludado con cortesía a su paso. Las medidas tomadas eran eficientes, seguras y rápidas. Pocos minutos después de su ingreso ya estaba en su cama, conectado con todos los aparatos necesarios. El dolor comenzó a pasar aunque al recordar la negativa de Lucía pareció incrementarse nuevamente. “¿Cómo se enterará que estoy aquí? Tendrá que ver lo que provocó su respuesta, aunque en realidad no creo que le importe mucho”

Poco antes de empezar el pase de guardia, uno de los residentes debió ausentarse para recibir a una paciente recién ingresada. Tenía una severa crisis hipertensiva que no cedía con la medicación usualmente utilizada en esos casos. Sufría un intenso dolor de cabeza y sus lamentos, aunque apagados por su esfuerzo, llegaban hasta la sala de médicos que estaba pegada a su cama. Matías se sorprendió mucho al saber que sólo tenía 19 años. Se preguntó si le dejarían hablar con ella.

“¿Qué misterios se esconden detrás de cada ser humano? ¿Cómo influye la sociedad en ellos? ¿Cómo pensar en forma integrada la sociología, la biología y la psicología? ¿Es el hombre libre? Tantas lecturas no me han acercado a las

respuestas que busco. ¡Tengo tanto que investigar! Hoy conoceré al escritor y esa chica. Uno está al final de su vida, la otra recién está empezando pero ambos están aquí, sufriendo...”

Mientras Lucía dormía un sueño culposo y agitado, Arturo, ya sin dolor, repasaba los últimos acontecimientos.

Había puesto grandes esperanzas en su último libro, “Ilusiones”. Se trataba de una novela en la que el protagonista era un científico que había pasado su vida investigando las claves genéticas de la reproducción. Había sido un joven brillante y promisorio por lo cual había logrado las becas necesarias para su carrera. Desde los avances iniciales había encontrado obstáculos crecientes en la propia investigación, en los aportes necesarios para continuarla y su propio sostenimiento económico. Las cosas se habían ennegrecido hasta casi quitarle las esperanzas, pero su persistencia logró al fin el resultado esperado y su descubrimiento pudo ser puesto al servicio de la humanidad. Pudo así alcanzar el esperado y merecido reconocimiento.

Antes de su publicación, Arturo sentía que “Ilusiones” sería para él el éxito largamente anhelado y postergado. Aunque con cada libro renovaba sus esperanzas, aún no había alcanzado las metas que se había propuesto. Se dedicó a la escritura en el afán por comunicar sus ideas, que consideraba simples pero muy útiles al servicio de lograr una mejor calidad de vida personal y una mejor sociedad. Y si bien había logrado siempre un buen recibimiento en sus lectores, su obra no se había difundido como el pretendía. “Ilusiones” hubiera sido el salto tan deseado hacia la masividad.

Resultó que, a diferencia de lo que le pasaba al protagonista del libro, “Ilusiones” no logró despertar mucho interés. Sus amigos y fieles lectores lo elogiaban pero la crítica fue lapidaria y las ventas escasas. No le sorprendía la mala recepción de los críticos de arte. Siempre había sido así. A él poco le importaba que le dijeran “es una obra infantil con poco arte literario”, o “la esperanza adolescente de su autor no se condice con la realidad”. Sí le

afectaba el poco interés de los lectores. Y esta vez la indiferencia le resultó cruel e “ilusiones” fue prácticamente ignorado.

Al golpe de su fracaso se le sumaban la lejanía de sus tres hijos. Tal vez todo eso precipitó su propuesta a Lucía, aunque no esperaba otro rechazo. Quizá el dolor de su pecho sólo fuera el dolor de su alma.